



Transversal José García Montalvo

Catedrático de
Economía (UPF)

Guerras y desigualdad



Hace unos días Estados Unidos suspendió uno de los últimos grandes tratados de control de armas nucleares con Rusia. Esta suspensión acrecienta el temor de los analistas políticos a una vuelta a periodos pasados de carrera armamentística. Si a esto unimos las recientes tensiones entre el gobierno italiano y el francés, las diatribas de los partidarios del Brexit contra Alemania, la progresiva erosión de la Unión Europea, y el aumento de los populismos y los gobiernos autoritarios, en Europa tenemos un cóctel peligroso que no incita precisamente al optimismo. La guinda son las guerras comerciales y el creciente proteccionismo que nos trae a la memoria la contracción del comercio y la reducción del proceso de globalización del periodo de entreguerras.

Al mismo tiempo, el crecimiento de la desigualdad se ha convertido en un mantra que parece explicar todos los problemas de la sociedad actual. En este contexto, vuelven a estar de actualidad las ideas de Walter Scheidel expuestas en el libro *El gran nivelador*. Su argumento básico es que algunos tipos de violencia han servido históricamente como mecanismos reductores de la desigualdad. Las revoluciones transformadoras (por ejemplo la bolchevique), el fracaso del Estado y las pandemias (por ejemplo la peste) han contribuido, junto a las guerras con movilizaciones masivas, a frenar el crecimiento de la desigualdad. A diferencia de las interpretaciones simplistas de la desigualdad como causa de todos los males económicos, Scheidel no establece un nexo causal entre crecimiento de la desigualdad y guerra o revolución. De hecho docenas de estudios empíricos muestran que la desigualdad no ha sido un factor relevante en la explicación de las guerras civiles posteriores a la

segunda guerra mundial, que son para los que se dispone de buenas estadísticas.

La tesis de Scheidel apunta más en la dirección pesimista de pensar que en la evolución normal de una sociedad la desigualdad tiene tendencia a crecer y que los mecanismos de redistribución de la renta y la riqueza no funcionarán y tendrán que ser las guerras, las revoluciones y las plagas las que reduzcan la desigualdad. La idea es interesante pero recurrente en la literatura económica: las guerras como *bálsamo* para resolver problemas económicos. Sin embargo la selección de episodios no es inocente. El chiste dice que los economistas han predicho 40 de las últimas 4 crisis económicas. En este caso, podríamos decir que el libro predice 4 casos mientras hay 40 en los que no sucede. Por eso no vale cualquier revolución para reducir la desigualdad sino que se matiza y estruja la tipología hasta hacerla coincidir con algún caso relevante.

En el fondo el problema es que fenómenos complejos difícilmente tienen explicaciones sencillas dependientes de un único factor. En los últimos tiempos parece que cualquier cosa se puede explicar refiriéndose a la desigualdad creciente. El primer problema es que los datos no muestran dicho crecimiento a nivel global sino más bien lo contrario. A nivel de estados se observa un incremento, en muchos casos, muy limitado y con tendencia a reducirse con la recuperación económica como en el caso español. Es sorprendente como algunos políticos hablan con ligereza del desorbitado aumento de la desigualdad en España cuando el índice de Gini ha aumentado ligeramente y la causa es fundamentalmente el aumento del desempleo, no de desigualdad en los ingresos.

En segundo lugar, suponer que estos limitados aumentos de la desigualdad dentro de los países son la causa de todos los males no parece fundamentado. Por

ejemplo la conexión entre populismo y desigualdad. Los partidos populistas llevan extendiéndose por Europa desde mucho antes que comenzara la crisis económica. Pero además los países nórdicos, ejemplos de sociedades igualitarias, no se libran ni mucho menos de los populismos. En las últimas elecciones danesas el Partido Popular Danés alcanzó el 21,1% de los votos con el mayor crecimiento entre todos los partidos. Los Demócratas Suecos, partido de ultraderecha con vinculación original con movimientos neonazis, alcanzaron el 17,5% de los votos en el parlamento sueco con un crecimiento del 41,7%. Algo parecido sucede en Noruega y en Finlandia. El último caso es interesante pues muestra como el populismo es una tendencia estructural en la práctica totalidad de las sociedades. El ascenso de Verdaderos Finlandeses, ahora Partido Finlandés, cuajó acumulando el malestar ciudadano por el rescate de la UE a países derrochadores como Grecia que, a su vez, vio el triunfo de los partidos populistas que obtuvieron el apoyo ciudadano por su oposición a las políticas de austeridad de la UE. Si sale cara gana el populismo y si sale cruz también.

La realidad es que lo que ha aumentado es la prominencia que se da a la desigualdad más que su evolución efectiva. De hecho la mayoría de las veces cuando se habla de desigualdad la gente se refiere a polarización: la concentración de riqueza en el 1% más rico. Este aumento de la concentración de la riqueza en un número relativamente pequeño de individuos es consecuencia de la revolución tecnológica, como en tiempos pasados lo fue de las revoluciones industriales del momento. Si contamos el valor bursátil de las empresas tecnológicas y se lo atribuimos a sus fundadores, entonces 10 o 12 personas controlan una riqueza enorme. Esto no debería ser preocupante, más allá de las envidias que pueda generar, si no fuera por qué existe evidencia empírica de una reducción de la competencia en muchos sectores y aumento del poder de mercado. Peor aún, estas gigantescas empresas podrían tener una influencia ilegítima en la política desvirtuando los principios democráticos. Pero este sería sólo un factor más a añadir a la nómina de determinantes de la desconfianza en las instituciones y el malestar social junto con las *fake news* y su altavoz en las redes sociales, las injerencias rusas en elecciones democráticas, el miedo a los efectos de la robotización sobre el empleo futuro, la cultura de la queja, etcétera. |



Releer a Scheidel
Su argumento básico es que algunos tipos de violencia han actuado históricamente como reductores de la desigualdad